ANÁLISIS ▶ ESPAÑA

Vientos y tempestades

JAVIER PRADERA

Las conversaciones del PP con CiU para conseguir su apoyo a la investidura de Aznar parecen haber llegado a buen puerto; cualquier duda respecto a ese feliz desenlace quedó desvanecida tan pronto como se hizo patente que la única alternativa a un Gobierno del PP era la repetición de las elecciones. Las declaraciones contradictorias de los partidos, los aparentes empantanamientos o retrocesos en la secuencia negociadora y el forcejeo en torno a la fecha del debate de investidura no hacen sino confirmar que las líneas básicas del acuerdo han sido ya cerradas.

Aunque Pujol tenga ahora enfrente de la mesa a un jugador diferente, la sustitución de González por Aznar no ha rebajado las reivindicaciones de CiU ni modificado su estrategia para satisfacerlas. El PP, en cambio, se ha visto forzado a dar un viraje a su política autonómica después de que la mayoría absoluta pregonada por los sondeos cediera el paso a una modesta mayoría relativa. El abierto contraste entre las relaciones poselectorales del PP con los nacionalistas catalanes y su agresividad hacia CiU durante la campaña debilita genéricamente su credibilidad política y puede llegar a desconcertar a sus propios votantes.

Las críticas inmisericordes lanzadas por los portavoces y publicistas del PP contra los acuerdos parlamentarios entre el Gobierno socialista y CiU durante la anterior legislatura se vuelven ahora como un bumerán contra los diseñadores de esa irresponsable estrategia: las informaciones disponibles acerca de las negociaciones en curso muestran la plena disposición del PP a desbordar ampliamente los márgenes fijados previamente por el PSOE para el traspaso de competencias y recursos financieros a las comunidades autónomas. La torpe demagogia desplegada en los últimos años por los medios de comunicación próximos al PP contra el *fenicio* Jordi Pujol (acusado de chantajear con sus escaños en el Congreso al Gobierno de González para conseguir abusivas ventajas económicas) y contra la política de inmersión lingüística de la Generalitat (denunciada como un intento de erradicar el castellano de Cataluña) ha cedido su lugar a los elogios de los populares al sentido de Estado de CiU.

La veteranía y el oficio de los dirigentes de Convergència les han permitido relegar al olvido —al menos por el momento— la catarata de insultos con que fueron rociados por el PP durante la pasada legislatura a raíz de sus acuerdos con el PSOE. Esa benevolencia se halla al servicio de la estrategia negociadora de los nacionalistas catalanes, dirigida a intercambiar su apoyo parlamentario (aritméticamente indispensable) para la investidura de Aznar contra la satisfacción de un conjunto de reivindicaciones simbólicas, políticas, legales, administrativas, fiscales y financieras bastante superior al paquete conseguido hace tres años en sus tratos con el PSOE. Los portavoces y publicistas del PP también protestaron airadamente hace tres años por las opacidades del proceso negociador entablado entre el Gobierno socialista y CiU para conseguir la investidura de Felipe González; el carácter insincero y puramente instrumental de aquellas críticas ha sido espectacularmente puesto de manifiesto por la simétrica falta de transparencia del PP en sus conversaciones con los nacionalistas catalanes, vascos y canarios para lograr el nombramiento de Aznar como presidente del Gobierno.

Esa estrategia rampantemente oportunista del PP, que se ha colocado al frente de la manifestación nacionalista simulando ser el convocante, ha sido disfrazada por Aznar como un audaz aporte a la construcción del *Estado del siglo XXI*. Se dirá que ese carnavalesco baile de disfraces es propio de los juegos de la política democrática y de sus convenciones; de aceptar ese escéptico enfoque, la única cuestión a discutir serían las repercusiones de los acuerdos con los nacionalistas sobre la construcción del Estado de las autonomías y los principios constitucionales de solidaridad interterritorial e igualdad ciudadana. Pero los agravios comparativos contra Cataluña, cultivados con propósitos electoralistas por el PP durante la anterior legislatura, han calado hondamente en algunos sectores de la sociedad española: esa frívola manipulación de las emociones colectivas fue un mal servicio a la democracia. Quien siembra vientos recoge tempestades: el PP tendrá ahora serias dificultades para convencer a la opinión pública de que la aceptación por el Gobierno del Estado de las reivindicaciones nacionalistas constituye una bendición del cielo si el aspirante a la investidura es Aznar, y un delito de alta traición si el candidato es Felipe González.

GORKA LEJARCEGI

Los negociadores del PP, Rodrigo Rato, y de CiU, Joaquim Molins, tras la reunión del pasado jueves.

ANÁLISIS ▶ INTERNACIONAL

El vino de la venganza

JAVIER VALENZUELA

No están los tiempos como para hacer turismo en Oriente Próximo. Interpretada por los extremistas de uno y otro bando, vuelve a sonar allí la música de las armas, con su corolario, el llanto amargo de los inocentes. A fuerza de salvajes provocaciones, los *halcones* israelíes y los integristas palestinos y libaneses le han dado la vuelta a la tortilla en unos meses. Los que comenzaron con el asesinato de Isaac Rabin y culminan con la carnicería de civiles libaneses provocada por el Ejército israelí, pasando por las bombas de Hamás en los autobuses de Jerusalén y los Katyusha disparados contra Galilea por Hezbolá.

De las esperanzas despertadas por el proceso de paz se ha vuelto a pasar a la vieja y angustiosa impresión de que Oriente Próximo no tiene remedio, a no ser que baje a poner orden el mismísimo Dios de Abraham. Árabes o israelíes, cristianos, judíos o musulmanes, la mayoría de sus habitantes está sedienta de paz. Pero los extremistas constituyen amplias minorías y tienen un inagotable arsenal de argumentos para el odio en las muchas tropelías cometidas por unos y otros.

Sin embargo, a menos que se renuncie a los principios elementales de la convivencia civilizada, no se puede admitir que el Gobierno democrático y el Ejército regular de un Estado miembro de la ONU adopten el mismo comportamiento que las pandillas de terroristas que intentan combatir. Y de la Operación Uvas de la Ira, desencadenada en Líbano por Israel, cabe decir que es ilegal, criminal e ineficaz.

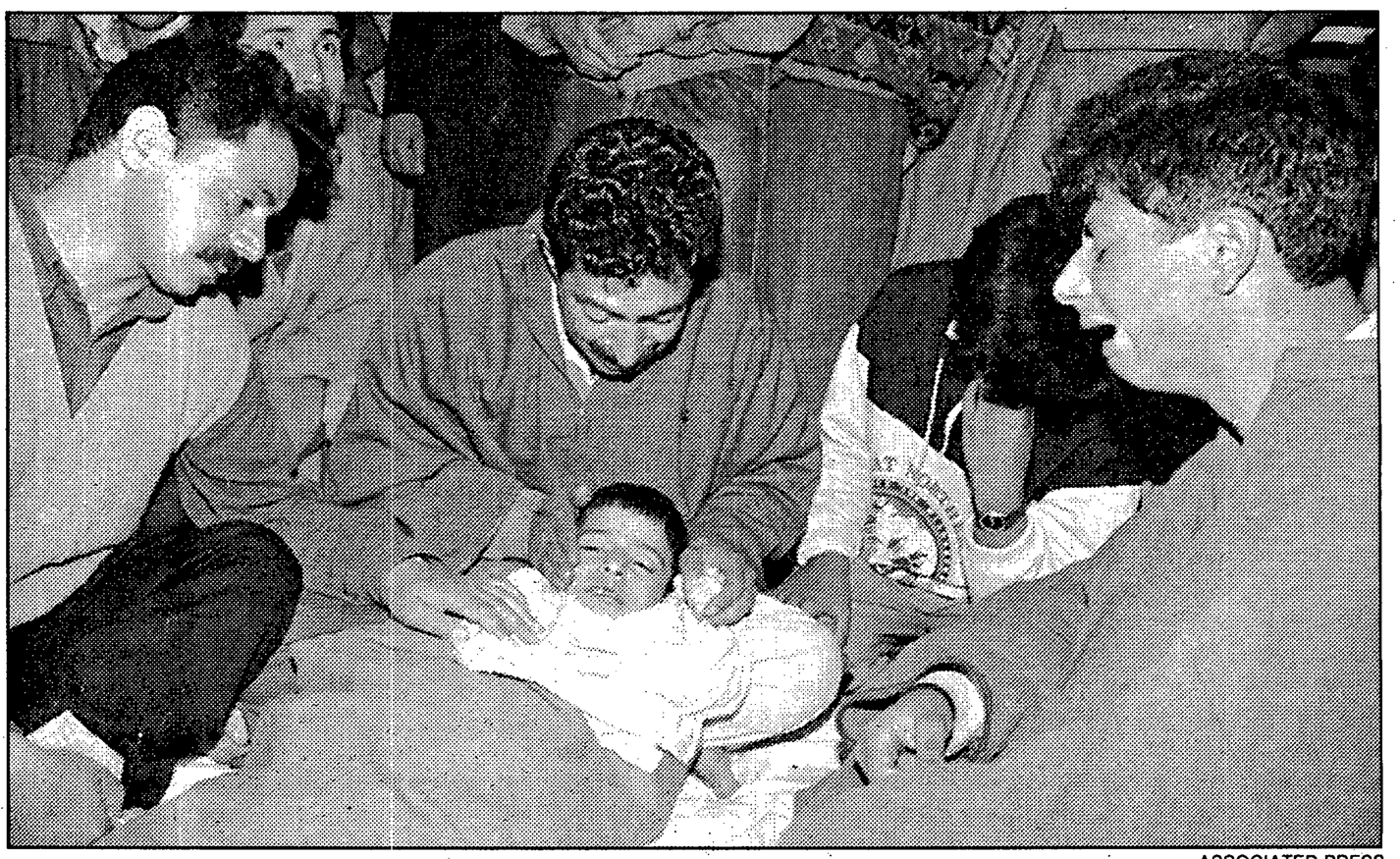
Ilegal, puesto que Simón Peres dice haber ordenado esta campaña en respuesta al hostigamiento de un grupo, Hezbolá, que enarbola la bandera de la liberación de la *franja de seguridad* que Israel ocupa en el sur de Líbano desde 1978. Y la ocupa en contra de la resolución 425 de la ONU, que le exige la retirada inmediata. Criminal, por su elevado precio en sangre de niños, mujeres y ancianos. E ineficaz, dado que, como saben los israelíes, ni la *franja de seguridad* ni la invasión de Líbano de 1982 han aportado paz a Galilea.

Presionado por una opinión pública israelí angustiada —y con razón— por las brutales acciones de los integristas palestinos y libaneses, y deseando demostrar que no es ese tipo *blandengue* y *vendepatrias* que describe la oposición derechista, Peres intenta hacer una exhibición de fuerza bruta en estas semanas previas a las elecciones de mayo. Lo grave es que, además del dolor y la destrucción que está provocando, la airada venganza israelí —bloqueo de los territorios autónomos de Gaza y Cisjordania y Operación Uvas de la Ira— pone en entredicho el proceso de paz y las posibilidades de reconstrucción de Líbano.

Por si fuera poco, al asesinar a la salida de un hotel, cerca de las pirámides, a 18 turistas griegos, los integristas reabrieron el viernes un tercer frente: el egipcio. Semejante atrocidad exige que sobre sus autores e instigadores caiga el castigo más riguroso que un ser civilizado pueda concebir. Pero el atentado de El Cairo revela también la dudosa utilidad de los métodos usados por los regímenes autoritarios árabes —y, con su propio estilo, por Israel— en su combate contra el integrismo musulmán.

Pese a la durísima represión practicada por el régimen de Hosni Mubarak, los integristas siguen fuertemente cobijados en el valle del Nilo. Por el contrario, esa represión sólo consigue nutrirles con el argumento del *martirio* —un poderoso elemento en su imaginario colectivo— y estimular sus deseos de una *venganza* espectacular y sangrienta. El fracaso de la guerra que los militares argelinos libran contra el Grupo Islámico Armado (GIA) confirma esa idea.

Egipto y otros países árabes y musulmanes siguen atrapados en la espiral provocada por la violenta represión y la reacción terrorista. Ello es muy alarmante, como también lo es que Israel se haya dejado contaminar por esa *lógica* brutal de Oriente Próximo, que siembra las uvas de la ira para cosechar el vino de la venganza, tan ajena a sus fundamentos democráticos.



ASSOCIATED PRESS

Un niño de seis años yace muerto por los bombardeos israelíes sobre Líbano, rodeado por sus familiares.